

# La mirada fundacional

## (Sobre Claudio Rodríguez)

### I

**C**laudio Rodríguez (Zamora, 1934) es un poeta de obra poco voluminosa: cinco libros en total. A diferencia de José Ángel Valente y Jaime Gil de Biedma, carece de obra crítica; sin embargo varias de sus declaraciones y algunas páginas que ha escrito sobre su propio hacer poético muestran que ha reflexionado con cierta hondura, no sujeto, como ocurría en algunos de los poetas de su tiempo, a las estrecheces de la poesía social y otros lechos para el insomnio que produjeron mucha suficiencia y poca poesía. En estos textos y declaraciones que menciono, Rodríguez define la labor del poeta como una participación de éste con las cosas y su experiencia poética de ellas, y esta participación se da a través del lenguaje. «El proceso de conocimiento poético es el proceso mismo del poeta que lo integra», ha escrito coincidiendo en esto absolutamente con Valente para quien «el acto de su expresión es el acto de su conocimiento», idea también expresada por Enrique Badosa y Carlos Barral. Este acto de conocer no es sólo estético sino moral ya que la poesía, según Claudio Rodríguez, expresa el destino humano en una suerte de relación con su tiempo; es algo que va más allá de lo individual y tiene que ver con el fundamento de lo que somos. Desde esta idea es comprensible que él mismo quiera entender su poesía no como realista o directa, simbólica o surrealista sino como «natural». Si el fondo de lo que somos es *poiesis*, la poesía será un acto natural. Rodríguez no nos explica cómo esa naturalidad comenzaría a complicarse si se analizara más despacio. ¿El lenguaje es natural? ¿Las palabras están en su propio lugar o en el lugar de algo? ¿Tienen las palabras el estatuto ontológico del mundo natural? ¿No son metáforas? ¿No hay fisuras? ¿Se puede cantar como si el universo y las palabras fueran lo mismo, con naturalidad? Algo más tarde, en una entrevista, afirmará que su poesía se va haciendo más reflexiva pero sin perder el aspecto exaltador de la vida. Reflexión, pero no abstracción. Rodríguez, quien gusta frecuentar a los místicos españoles, pone como ejemplo

en esta ocasión a Santa Teresa, «quien nunca pierde de vista la presencia de la materia». Este pensar con las cosas, como quien las combina dotándolas de un pensamiento silenciado, caracteriza a su poesía de una cierta impenetrabilidad en ocasiones. Poesía donde la materia y la contemplación se alían en una peculiar aventura literaria.

El primer libro de Claudio Rodríguez (*Don de la ebriedad*, 1953) está signado por un fuerte sentimiento de sacralidad frente a una naturaleza que se presenta, a la manera clásica, como la realidad. Desde su aparición este libro sorprendió. Su autor tenía diecinueve años y estos poemas habían sido escritos a la rimbaudiana edad de diecisiete y dieciocho años. Su madurez era indudable, y también la originalidad del tono dentro de un panorama poético confuso. Aún estaban muy presentes la herida de la Guerra Civil y la devastación que había provocado en nuestra literatura y en nuestra vida social y privada. La mayor parte de la Generación del 27 estaba exiliada o, como en el caso de Lorca, desaparecido bajo los fusiles de la barbarie. Otros habían permanecido en el país, como Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso. De los tres, el primero fue quien, en cierta manera, tuvo la virtud de agrupar a los nuevos poetas y alentarlos en sus trabajos. Otros poetas mayores que los del cincuenta son Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gabriel Celaya, Leopoldo Panero, Blas de Otero..., todos ellos influyeron desde sus actitudes literarias distintas en las diversas poéticas de la generación del cincuenta. En ese mismo año de 1953 se publicó *Según sentencia del tiempo*, también primer libro de Jaime Gil de Biedma, y, un año después, *A modo de esperanza*, de Valente. Creo que tanto Valente como Rodríguez debutaron con obras en las cuales ya estaba el centro de lo que iban a ser después; son, pues, obras en las que el poeta tiene una voz certera aunque después haya variantes y profundizaciones fundamentales. Jaime Gil no escribiría un libro definitivo hasta *Moralidades* (1966).

*Don de la ebriedad* tiene como eje de su escritura la naturaleza entendida como una realidad que es en sí misma su principio y en sí se cumple. Por otro lado, el poeta, que es el protagonista diluido de esos poemas, es alguien que contempla, un contemplador ebrio, lleno, como el mismo Rodríguez ha matizado años más tarde, de fervor. ¿Pero qué es lo que contempla? ¿Y de qué manera? Como he dicho, el objeto de su contemplación es la naturaleza en su momento de mayor revelación, cuando se abre desde el fondo de su misterio y sencillez plena: un mundo sagrado, luminoso y numinoso que el poeta atestigua con una fascinación cercana a la mística. Naturaleza, luz, revelación y, claro está, porque de eso se trata, celebración poética de la manifestación de esas realidades. La ebriedad es, como la claridad que da sentido a lo existente, un don. «Siempre la claridad viene del cielo», escribe recordándonos la noción de arquetipo platónica o, tal vez más cercana a nosotros, cristiana. Si es platónica, Rodríguez expresa esta realidad sin la deuda constante que sí sufre el ser en Platón.

Oh, claridad sedienta de una forma,  
de una materia para deslumbrarla  
quemándose a sí misma al cumplir su obra.

La claridad se cumple en la materia, la materia es su sentido. Las influencias místicas que podemos encontrar en este libro son, creo, Plotino y los místicos españoles. No sé qué habría leído Rodríguez a tan corta edad, pero parece ser, por lo que han escrito algunos críticos, concretamente Dionisio Cañas, que desde muy joven fue aficionado a la filosofía y a los místicos. Además, en este mismo libro hay una cita explícita (y otras implícitas) de San Juan de la Cruz. Esta vinculación a una literatura mística permite explicar en parte la similitud que hay con muchos textos de María Zambrano, anteriores y posteriores a *Don de la ebriedad*; y, por otro lado, las afinidades con Valente en esta primera etapa. Citaré unos versos que a cualquier lector de Zambrano le puede evocar multitud de pasajes de la pensadora malagueña:

Así yo estoy sintiendo que las sombras  
abren su luz, la abren, la abren tanto,  
que la mañana surge sin principio  
ni fin, eterna ya desde el ocaso.

*Don, III*

La noche en su propia interioridad engendra la luz. Como todo poeta verdadero, siente que lo que contempla, la vastedad del mundo, es indecible y reacciona ante su propia palabra anhelando una fusión sin relieve:

Cuándo hablaré de ti sin voz de hombre  
...  
Cuándo estaré bien fuera o bien en lo hondo  
...  
Cuándo. Mi boca sólo llega al signo,  
sólo interpreta muy confusamente.

*Don, III*

La palabra poética es comprendida en este primer libro de Rodríguez como interpretación y de esta manera siempre está en deuda con el gran libro del saber de la naturaleza. Hay una nostalgia por un decir que no sea signo, que no esté aludiendo a algo. Ese querer hablar «sin voz de hombre», nace de la fascinación ante la palabra callada de la naturaleza. La conciencia de lo continuo en la realidad natural se vuelve culpa ante lo discontinuo de la realidad personal: el mundo es infinito y su finitud pone en evidencia la condición humana. «Hay demasiadas cosas infinitas / Para culparme hay demasiadas cosas». Es la inocencia herida la que se convierte en relieve, en acusación. Además aquí, y en muchos otros lugares de su obra, vemos un eco de la vida del hombre como naturaleza caída del cristianismo. Caída y culpa, falta de merecimiento, conciencia de estar en falta: esta es una de las iteraciones de Rodríguez, pero nosotros sólo vamos a sugerirlo aquí. En el fondo de estos poemas late